



# Ojo de mosca



Martín Bonfil Olivera

## El alcohol, la droga más destructiva

Un grupo de científicos británicos dirigidos por David Nutt, de la Universidad de Bristol, evaluaron 20 drogas según varios criterios y, en una investigación publicada el 1° de noviembre en la revista *The Lancet*, concluyeron que en el Reino Unido el alcohol es la más perjudicial de todas.

La investigación tomó en cuenta no sólo el daño que la droga causa al individuo, sino la repercusión que tiene en su entorno. En relación con los efectos de la droga en la persona que la consume, Nutt y sus colegas tomaron en cuenta nueve categorías, entre otras la mortalidad causada directamente por el consumo, el daño a la salud, la dependencia, la discapacidad mental y su repercusión en las relaciones personales. Las siete categorías referidas al efecto del consumo en el entorno fueron su relación con actos criminales, daños al entorno cercano y al conjunto de la sociedad, costos económicos (en el sistema de salud, los servicios sociales y los carcelarios) y en el deterioro de la cohesión comunitaria. Las sustancias fueron valoradas del 0 al 100 en cada una de las categorías.

La heroína, el crack y la metanfetamina en cristal fueron las sustancias más dañinas para la persona que las ingiere, mientras que el alcohol, la heroína y el crack resultaron ser las más perjudiciales para el entorno cercano. Tomando en cuenta todas las variables en conjunto, el alcohol obtuvo la puntuación más alta, seguido de la heroína y del crack.

Los expertos aseguran que el alcohol obtuvo esa puntuación por ser tan común y por las consecuencias devastadoras que tiene no sólo en los que beben en exceso, sino en las personas que los rodean. El beber de manera excesiva daña prácticamente todos los órganos y está relacionado con niveles de mortalidad muy altos. El tabaco y la cocaína obtuvieron puntuaciones idénticas, por lo que, de acuerdo con este estudio, pueden considerarse igual de dañinos.



## Adivinar el futuro

Más allá de horóscopos o sueños de ganar la lotería, predecir el futuro sería una gran ventaja desde el punto de vista biológico.

Cualquier organismo con esta habilidad tendría ventaja en la lucha por la supervivencia. Ahorraría esfuerzo al buscar alimento, pareja y resguardo, y evitaría riesgos e inconvenientes que pudieran amenazar su existencia.

Pero, como sabemos, la profecía no existe. Ante esa realidad, los seres vivos nos tenemos que conformar con la segunda opción: si no podemos predecir el futuro, al menos podemos intentar adivinarlo con la mayor precisión posible.

¿Cómo puede un organismo sin poderes mágicos lograr esto? No hay procedimientos infalibles, pero una herramienta muy útil es el procedimiento de inferencia lógica llamado *inducción*.

Los filósofos la conocen bien: inducción es alcanzar, a partir de un cierto número de casos particulares, una conclusión general. Si una manzana cae, también una piedra, y también una flecha luego de lanzarla; podemos, por inducción, concluir que *todas las cosas caen*.

Desde luego –lo señalan muchos filósofos de la ciencia–, la inducción no siempre funciona: basta un globo lleno de helio para refutar la “ley general” de nuestro ejemplo. Técnicamente, se dice que la inducción no se sustenta lógicamente: un número *finito* de observaciones no comprueba una generalización aplicable a un número *infinito* de casos.

Pero si no es absoluta, la inducción sí es generalmente bastante buena. A falta de algo mejor, suponer que si algo ocurrió una o dos veces, volverá a ocurrir, con frecuencia –no siempre– suele ser acertado. El cerebro humano es naturalmente inductivo. (De hecho, de ahí parten muchas supersticiones: si un número nos “dio suerte” una vez, lo seguimos usando; si una persona nos traiciona una vez, dejamos de confiar en ella.)

Otras especies también aprovechan las ventajas predictivas de la inducción. Los reflejos condicionados –descubiertos por Iván Pavlov, quien entrenó a perros a salivar al escuchar una campana, sin necesidad de que hubiera comida presente– son un mecanismo fisiológico basado en la inducción. Y tienen un gran valor de supervivencia: aprender, con una sola experiencia, que si un lobo nos atacó debemos huir de *todos* los lobos, seguramente fue útil para nuestros ancestros. Aun los animales más simples “aprenden” a evitar siempre los factores que les han causado daño una vez.

Quizá hasta la selección natural pueda considerarse un proceso inductivo: conserva lo que funcionó alguna vez, sin garantizar que funcione siempre. A los filósofos podría sorprenderles, pero la inducción –aunque no siempre acierte– no requiere un cerebro consciente. Y tiene un innegable valor evolutivo. Por eso está imbuida en nuestra naturaleza.

comentarios: mbonfil@unam.mx